

Un rabino habla con Jesús

Salvador ANTUÑANO-ALEA

Jacob NEUSNER. *Un rabino habla con Jesús*. Edición revisada y aumentada con un epílogo. Traducción de Juan Padilla; introducción de José Miguel García. Encuentro, Madrid, 2008, 203 págs.

«En este libro, el autor se mezcla con el grupo de los discípulos en el “monte” de Galilea. Escucha a Jesús, compara sus palabras con las del Antiguo Testamento y con las tradiciones rabínicas fijadas en la Misná y el Talmud. [...] El diálogo del rabino con Jesús muestra cómo la fe en la palabra de Dios que se encuentra en las Sagradas Escrituras resulta actual en todos los tiempos...». Estas palabras —y varios párrafos más— de Benedicto XVI en su *Jesús de Nazaret* recomiendan la lectura de una obra escrita originalmente en el año 2000 y que ahora se traduce por vez primera al castellano. Es posible que el interés sobre la obra de Neusner se haya visto incrementado por el libro del Papa y quizá sin esa circunstancia nunca lo hubiéramos tenido en nuestra lengua. Pero el verdadero valor del diálogo del rabino con Jesús no está en que el Papa lo cite, sino que el Papa lo cita porque es un diálogo verdaderamente valioso.

Tiene en primer lugar el valor —la valentía— de dejar de lado ese tipo de crítica histórica que prescinde de actitudes religiosas y, en consecuencia, plantea una conversación no con los «expertos» en las reconstrucciones-proyecciones de Jesús, sino con el Jesús vivo en la fe cristiana y que presenta el *Evangelio según San Mateo*. Trata con respeto —incluso con simpatía— la persona de Jesús y la de sus seguidores y debate con ello sobre la misma concepción de la vida del hombre y su relación con Dios. De hecho, considera que esta discusión —con sus coincidencias y discrepancias— es una manifestación del respeto a Jesús y a los cristianos: los toma en serio y por eso puede hablar *con ellos* —y no *contra ellos*— sobre sus puntos de encuentro y de divergencia. Esto, sumado a la interacción entre fe y razón, entre inteligencia y corazón, a un estilo sobrio y dinámico y a un lenguaje sencillo sin dejar de ser culto, hace que el libro resulte realmente un diálogo existencial de ideas religiosas entre creyentes y no una mera cuestión académica.

El punto en discusión es el mensaje de Jesús —y por tanto Jesús mismo—, sobre la base del patrimonio común que es la fe del Sinaí —el Antiguo Testamento—. Para ello, Neusner intenta ponerse en la situación del judío piadoso del siglo I que escuchó por primera vez la enseñanza de la Montaña (Mt 5-7). Enmarca esa enseñanza dentro del contexto cultural y religioso de la época y procura presentarla en toda su frescura original —lo cual es ciertamente un valor exegético notable, y en ocasiones muy logrado y luminoso—. A continuación, contrasta la enseñanza de Jesús con la fe judía —con el Antiguo Testamento, con la Misná y con el Talmud—. Se centra particularmente en el sentido mismo de la Torá, en la concepción del Reino de Dios, en la observancia del Sábado, en la santificación personal, en la relación del individuo con la familia y con el pueblo. En esta lectura encuentra que Jesús propone una relación con Dios y con los hombres diversa de la que Israel recibió en el Sinaí: no propone un «perfeccionamiento» o una «plenitud» de la Ley, sino una fe distinta. Por ello, cuando Jesús emprende su camino a Jerusalén, para cumplir su misión, el rabino se despide de él, deseándole la paz, pero no lo sigue, pues entiende que debe mantenerse fiel a la fe del Israel eterno.

Las dificultades de Neusner para aceptar la enseñanza de Jesús no son, en realidad, muy distintas de las que encontraron los judíos que escucharon el sermón de la Montaña. De hecho, uno de los méritos de la obra del rabino es haber captado con tanta nitidez las dimensiones e implicaciones de la pretensión de Jesús y su radical novedad respecto del judaísmo. Es verdad que en la obra se muestran muchas semejanzas entre ambas religiones —semejanzas en métodos, en ciertos aspectos de la idea de Dios, en unos textos comunes ...—. Pero Neusner considera que las diferencias son de tal calibre que el cristianismo no puede considerarse, ni de lejos, una variante del judaísmo. Si se dan aquellas semejanzas —y, sobre todo, la de compartir unos mismos textos—, uno puede preguntarse cómo es posible llegar a conclusiones tan diversas. La clave parece estar en la interpretación del Antiguo Testamento —y esto vale para nuestro tiempo y para el siglo I—: entre los judíos contemporáneos de Jesús hubo quienes leyeron esos textos a la luz de esa personalidad extraordinaria y los entendieron de tal modo que los aplicaron a Él y creyeron en Él; mientras que otros los leían en relación con otras cosas —Neusner, en su lectura tradicional, indica algunas: el pueblo, la familia, el trabajo, la Ley...— y así, evidentemente, con premisas diversas se llega a diversas conclusiones.

En general, la obra es excelente y no extraña que en su momento captara la atención de Ratzinger y que, ya Papa, le dedicara el honor de citarla amplia-

mente en su libro sobre Jesucristo. Quizá podamos señalar sólo un detalle que, creemos, podría mejorarla. En su análisis para entender el sentido de la enseñanza de la Montaña, Neusner acude a su tradición judía —no sólo a la Torá sino también a la Misná y al Talmud—, lo cual es ciertamente legítimo, pero para que el debate pueda hacerse completamente en *fair play* —tal y como es su intención— debería tener en cuenta dos puntos: el primero es que, si intenta ponerse en la actitud del judío del siglo I que escucha por primera vez a Jesús, en ese momento la tradición judía sólo llega hasta la Torá, de modo que el judaísmo rabínico en el que Neusner se encuentra no es sino —en el mejor de los casos— una sólo de las variadas formas de judaísmo de la época del Segundo Templo —y en esa situación, los judíos cristianos estarían frente a ella en pie de igualdad para reclamar su legítimo derecho a considerarse fieles judíos (como de hecho hicieron) no menos que Neusner—.

El segundo punto es el siguiente: como todo judío fiel, Neusner sabe que no basta la *desnuda letra* del texto de la Torá para conocer su sentido, y precisamente por eso, para entenderla, acude a la Misná y al Talmud, es decir, a la tradición interpretativa del judaísmo posterior al siglo I. Sin embargo, al estudiar el Evangelio de Mateo —que, evidentemente, no pertenece a esa forma de judaísmo— o lo lee en su pura letra o lo interpreta a la luz de los escritos rabínicos y, en consecuencia, llega a las conclusiones que llega. Pero resulta que el Evangelio de Mateo —como cualquier texto— no puede entenderse adecuadamente por su letra desnuda ni, mucho menos, por una tradición hermenéutica que le es extraña. Tiene su propia tradición interpretativa: los Apóstoles, los Santos Padres, el Magisterio de la Iglesia y, sobre todo, —como apunta el Papa— los Santos. Neusner puede muy bien arrojar luz desde su posición judía sobre el contexto judío de Jesús —y de hecho lo hace muy notablemente—, pero para captar *todo* lo que Jesús quería decir, todas las *implicaciones* de lo que dijo, debería acudir a la tradición «autorizada». Si lo hiciera, vería que la gran tradición cristiana no es individualista, ni ultramundana, ni antinatural, ni espiritualista, ni maniquea, sino que, muy por el contrario, ha rechazado como heréticas —es decir, como formas inauténticas— esas interpretaciones. Y —como muy bien le hace ver el Papa— descubriría que la enseñanza de Jesús lleva a una comprensión más plena de la Ley, el Sábado, la Familia y el Pueblo.

En este sentido, el epílogo del libro, escrito tras conocer la obra del Papa, decepciona un poco, pues no añade nada nuevo: no da respuesta a lo que Benedicto XVI, «como discípulo de Jesús», ha planteado al rabino; se limita simplemente a repetir lo que ya ha dicho —y así puede tener la utilidad de servir como

síntesis del libro—. Como el editor castellano manifiesta en la introducción, que encuadra perfectamente la obra de Neusner, es deseable que en algún artículo retorne efectivamente el diálogo. Mientras esta respuesta llega, merece la pena acercarse al diálogo de Neusner con Jesús, verlo, meditarlo y agradecerlo, pues sin duda consigue su objetivo: ayudar a tomar en serio la propia fe —cristiana o judía—, a repensarla, para que la vida del creyente sea una de ilusión firme y no un mero hábito.